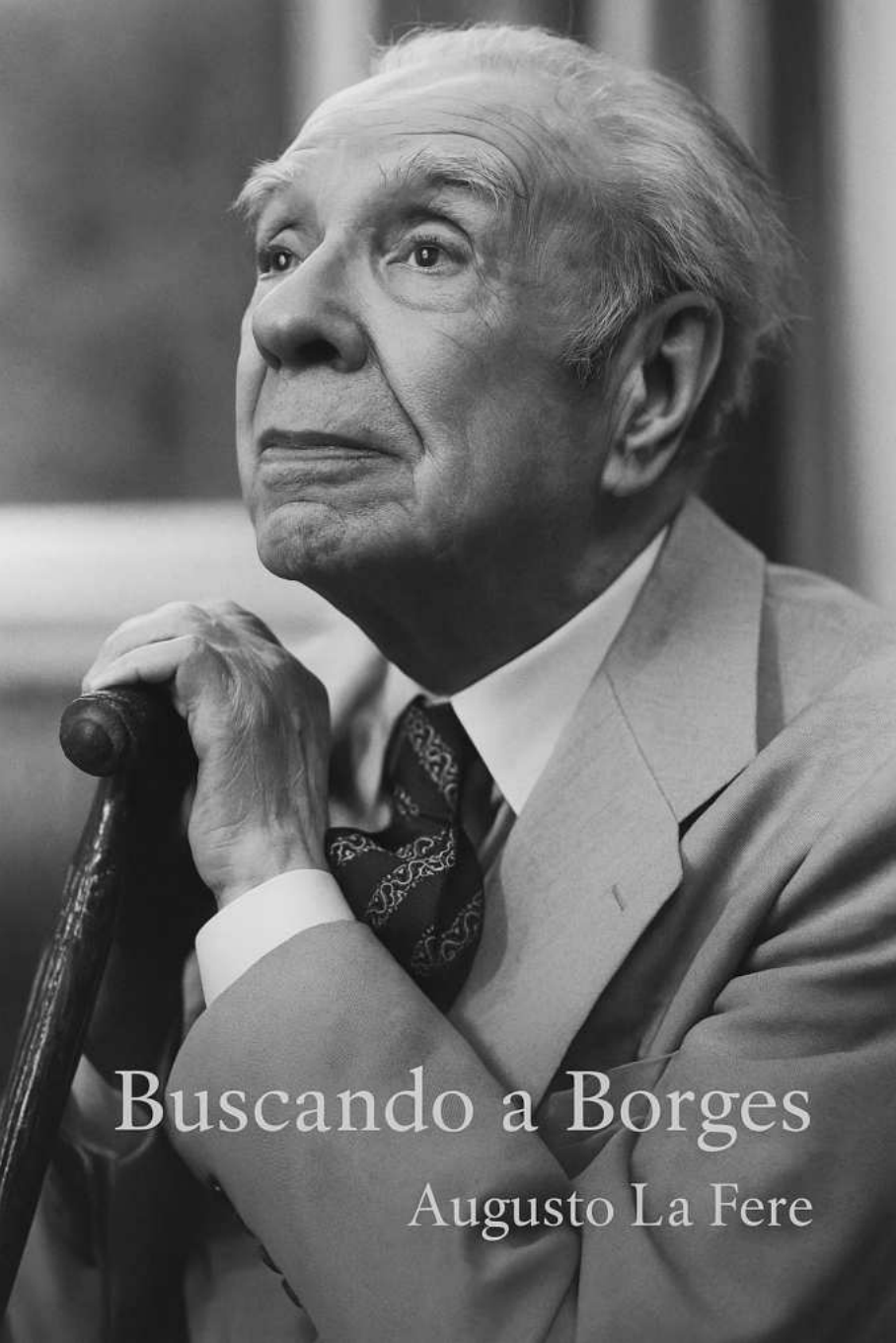




Buscando a Borges

Augusto La Fere

BUSCANDO A BORGES

AUGUSTO LA FERE

BUSCANDO A BORGES

Edición Digital

LAPA
ARS VERBI
2025

Créditos

Buscando a Borges

© 2025 Augusto La Fere

Publicado por *Ars Verbi*™

Lapa, Paraná, Brasil

Edición Digital

ISBN: 978-65-988751-2-1

Esta obra está bajo la licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Compartir Igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0). Podés compartir y adaptar esta obra, siempre que:

- Atribuyas el crédito al autor (Augusto La Fere);
- No la uses para fines comerciales;
- Publiques obras derivadas bajo la misma licencia.

Para más detalles, visitá:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Dedicatoria

A quien lee como quien recuerda un sueño
ajeno.

A los que buscan en las palabras no respuestas,
sino compañía.

“Somos nuestra memoria,
somos ese quimérico museo
de formas inconstantes.”

— *Borges, “Elogio de la sombra”*

Sumario

Prólogo.....	1
1. El libro dormido.....	2
2. Polvo y milagro.....	3
3. El nombre de Borges.....	4
4. La tarde infinita.....	5
5. El espejo del patio.....	6
6. El sueño circular.....	7
7. Las calles del pueblo.....	8
8. El joven escribe.....	9
9. La biblioteca del silencio.....	10
10. El tigre en la página.....	11
11. La voz del ciego.....	12
12. El reflejo breve.....	13
13. Carta a un muerto futuro.....	14
14. El dios menor del lenguaje.....	15
15. El desierto de los libros.....	16
16. La lluvia sobre el cuaderno.....	17
17. El maestro invisible.....	18
18. La palabra en fuga.....	19
19. El adolescente y el infinito.....	20
20. Cartografía de bolsillo.....	21
21. El eco del Río de la Plata.....	22
22. El exilio de los nombres.....	23
23. Laberinto menor.....	24
24. El último día de los diecisiete.....	25

25. El espejo cerrado.....	26
26. Regreso a Buenos Aires.....	27
27. El puerto sin Borges.....	28
28. Café de los Nadies.....	29
29. El librero ciego.....	30
30. Calles de polvo y sombra.....	31
31. El banco de la plaza San Martín.....	32
32. La ciudad que olvidó su nombre.....	33
33. El espejo empañado.....	34
34. El tiempo que escribe.....	35
35. El lector cansado.....	36
36. Museo de los recuerdos.....	37
37. El perro del mediodía.....	38
38. El sueño del maestro.....	39
39. Diálogo en el laberinto.....	40
40. El desvío.....	41
41. El río de los días.....	42
42. Palabras que ya no existen.....	43
43. El lector de espejos.....	44
44. Carta al joven perdido.....	45
45. La biblioteca nocturna.....	46
46. El silencio que enseña.....	47
47. El regreso imposible.....	48
48. El sueño circular (reprise).....	49
49. El joven en el viejo.....	50
50. La ciudad dormida.....	51
Epílogo.....	52
Coda.....	53

Prólogo

– *El joven y el espejo*

Tenía diecisiete años
y una sed sin nombre.
El pueblo dormía en la siesta
mientras el aire guardaba polvo y campanas.

Un libro viejo lo llamó.
No lo entendió,
pero dentro del pecho
algo se partió como vidrio.

Desde entonces escribe,
ciego de esa misma luz.
Hoy, con cincuenta y dos,
aún busca en cada palabra
al joven que lo leyó sin saberlo.

1. El libro dormido

Tarde quieta.
El sol caía oblicuo sobre la mesa.
El mundo era una hoja por llenar.

Abrió el libro.
El aire se detuvo.
No comprendió las frases,
pero su peso lo inclinó.

Cerró el tomo.
Las manos olían a pan y a hierro.
Dobló la hoja sobre su nombre
y ya no lo encontró.

2. Polvo y milagro

El libro quedó abierto,
hendidura de luz sobre la mesa.
Entraba olor de campo,
no solo polvo:
también una abeja perdida,
un pedazo de naranja seca.

Tocó las letras
como quien mide temperatura.
Las moscas giraban lentas,
un perro ladró al silencio.
Por un instante todo pareció nuevo,
sin razón alguna.

3. El nombre de Borges

En la biblioteca del colegio
alguien lo pronunció despacio:
“Borges.”

El aire cambió de peso.
El joven repitió la palabra
y la lengua envejeció un segundo.

No era un nombre,
era un pasadizo.
Y detrás,
una voz esperando sin cuerpo.

4. La tarde infinita

El sol se doblaba sobre el muro.
Las horas colgaban como hilos.

Leía sin entender,
pero algo en el papel lo entendía.
El viento hojeaba por curiosidad.

Nada se movía –
solo el pensamiento,
en círculos,
buscando salida.

Descubrió que no era la lectura
lo que no terminaba,
sino él mismo.

5. El espejo del patio

Entre las macetas colgaba un vidrio viejo.
Por las tardes, el sol se deshacía dentro
como en un pequeño mar.

El joven buscó su rostro,
vio apenas una sombra que leía.

Entendió que leer
es reflejar sin estar,
ser memoria de otro.

El viento movió las hojas.
Tal vez Borges miraba
desde el otro lado del brillo.

6. El sueño circular

Esa noche no durmió.
Las palabras seguían detrás de los ojos.

Soñó que leía,
y dentro del libro otro joven leía también.
Ambos soñaban el mismo sueño.

Despertó con el pecho claro,
como si el tiempo hubiera dado la vuelta.

Fuera, el gallo cantó.
El día no empezaba:
continuaba, fingiendo ser nuevo.

7. Las calles del pueblo

Lo encontró el amanecer andando,
el libro aún tibio contra el pecho.
Las calles – de tierra y pan –
eran líneas torcidas en un mapa antiguo.

El panadero barría cáscaras de día,
una radio soplaba tangos lejanos.
Todo igual,
pero algo lo había cambiado.

El mundo seguía siendo el mismo,
solo que ahora tenía márgenes.
En ellas, alguien escribía.

8. El joven escribe

Esa tarde quiso imitarlo.
Dobló una hoja,
esperó.

No bajó ninguna revelación,
solo un leve ruido de alas.

Escribió su nombre,
debajo, otro: Borges.
Los miró juntos.
El vértigo fue suficiente.

Dobló la hoja sobre ambos
y ya no los vio.

9. La biblioteca del silencio

En su casa había un cuarto mínimo.
Allí guardaba los cuadernos,
sus pequeñas derrotas de tinta.

Cuando el mundo hacía ruido,
cerraba la puerta.
El silencio no era vacío:
era una forma de oír.

A veces pensaba que alguien respiraba ahí,
en la espera de una frase.
Él solo inclinaba el cuerpo
para no despertarlo.

10. El tigre en la página

Una palabra lo detuvo: tigre.
Sintió el temblor del oro en movimiento.

No era un animal,
era el tiempo disimulado de furia.

Leyó despacio,
temiendo ser visto.
El tigre lo miró desde el papel.

En esa quietud,
cada letra tenía garras.
Dejó el libro abierto:
la página respiraba.

(Nota: “Dejo la falta: la palabra mordió su propia cola.”)

11. La voz del ciego

Leyó una frase y el aire cambió de sitio.
No la entendió, pero el silencio después
tenía la claridad de una campana.

Imaginó al hombre escribiendo sin luz,
con los dedos como brújulas ciegas.
Tal vez ver era eso:
adivinar el contorno del día por su respiración.

Cerró los ojos.
El mundo siguió, pero adentro.

12. El reflejo breve

Al cerrar el libro
vio su sombra sobre la pared.
Tenía su misma forma,
pero respiraba más lento.

Tendió la mano:
la sombra la imitó
con un segundo de retraso.

Entendió que la lectura
deja ese hueco –
un cuerpo que sigue leyendo
cuando el lector se va.

13. Carta a un muerto futuro

Escribió una carta sin fecha,
no al Borges del retrato,
sino al que podía estar esperándolo.

“Maestro,” anotó,
“cuando envejezca,
quiero leer con tus manos,
ver con tu sombra.”

La tinta se corrió sobre su nombre,
y una palabra – doble – apareció sin querer.
La dejó: era una falta que sabía lo que hacía.

Guardó la carta en un libro sin título.
Al doblarla, creyó oír una página del otro lado.

14. El dios menor del lenguaje

A veces las palabras bajaban sin aviso,
como insectos que dudan de su vuelo.
Él sólo ofrecía la hoja.

Comprendió – sin pensarlo –
que escribir es dejar que algo use la mano.

El dios era caprichoso y pequeño,
pero lo seguía sirviendo.
Toda oración pide una eternidad breve,
aunque no se le conceda.

15. El desierto de los libros

Creyó haber leído todo.
Entró en la biblioteca del pueblo
como quien cruza un mapa sin agua.

Los lomos eran piedras numeradas.
El bibliotecario dormía.
Pidió un vaso y le dieron polvo.

Cerró los ojos.
Oyó la arena escribir sin tinta.
Entendió que el desierto
no está afuera sino en la voz
que se seca de tanto nombrar.

16. La lluvia sobre el cuaderno

El cielo se abrió sin aviso.
Las gotas escribían sobre el papel dormido.

Las frases se torcieron de gusto.
El joven miró su obra deshacerse,
convertirse en aliento.

No era ruina: era revelación mojada.
El agua decía lo que el tiempo calla.

Guardó el cuaderno bajo la camisa.
El pecho sonó a tambor.
El fuego seguía, pero más hondo.

17. El maestro invisible

Leía y una presencia guiaba su mano.
No voz, no sombra.
Esta vez resistió.

“Déjame errar”, pensó.

La frase quiso imponerse;
él escribió otra.
La palabra chirrió como bisagra vieja
y aun así abrió una puerta.

El silencio aprobó sin gesto.
Aprender, entendió,
es escribir contra la obediencia.

18. La palabra en fuga

Buscó la frase perfecta.
Se deshizo al tocarla.

Decía pan, y el sonido era ajeno.
Decía madre, y el eco llegaba torcido.

El idioma se volvió agua.
Los verbos, peces.
La página, red rota.

Dejó la mano quieta.
El papel se acercó sin miedo.

Una palabra lo rozó al pasar
y le dejó sal en los labios.

19. El adolescente y el infinito

El horizonte del campo ardía sin promesa.
Pensó en los años por venir,
en los que no terminan nunca.

El viento le levantó la camisa.
El cuerpo quiso andar.

Sintió miedo y deseo – los dos fundadores.
Leer también era caer.
Y el suelo, a veces, era cielo.

Desde lejos una voz decía sin decir:
el infinito cabe en una tarde
si el corazón no se sienta.

20. Cartografía de bolsillo

Trazó un mapa interior con lápiz.
Las culpas eran grietas,
las palabras, ríos que se cruzan.

En el centro dejó un hueco:
el lugar donde mora el silencio.

No puso nombres.
Pensó en el ciego que mide por memoria.
Tal vez Borges había dibujado lo mismo
con otra regla, menos temblorosa.

Dobló el mapa y lo guardó.
Al salir, el viento lo movió dentro del bolsillo:
el corazón respondía.

21. El eco del Río de la Plata

En sueños, un río sin nombre lo llamaba.
No era el de su infancia:
era ancho, callado, sabio como espera vieja.

Al mediodía, entre harina y moscas,
la radio decía “Buenos Aires”
como quien pronuncia deuda.

No sabía si cruzaría esa voz,
pero el cuerpo ya se inclinaba hacia el sur,
aguja buscando norte.

El río murmuró algo sin palabras
y el joven lo entendió:
la ciudad lo soñaba primero.

22. El exilio de los nombres

Una mañana, el idioma amaneció torcido.
Dijo pan y sonó hueco.
Dijo madre y el eco volvió distinto.

Las frases más fieles
pidieron documento en la frontera.
El nombre propio no respondió.

Entendió que toda lengua
es una casa que se muda.
Guardó silencio.
Desde allí regresó la voz,
sin nombre, pero suya.

23. Laberinto menor

Dibujó sendas sobre el cuaderno:
una palabra llevaba a otra y otra más.
Sin salida, decidió perderse.

Los significados giraban como hojas secas.
Dejó que el dibujo respirara.

En una esquina oyó un perro,
en otra, una pelota contra un muro.
El mundo real entraba en la hoja.

Soltó el lápiz.
La salida era abrir la ventana.

24. El último día de los diecisiete

No hubo fiesta.

Una lámpara, un cuaderno,
el ruido del pueblo cerrando persianas.

Releyó imitaciones,
sus pequeñas luces que aún no hablaban.

Guardó una hoja doblada,
amuleto inútil que abriga.

A los dieciocho – pensó –
empieza otro tipo de olvido:
el que elige qué recordar
para poder seguir andando.

25. El espejo cerrado

El vidrio amaneció cubierto.
Lo limpió sin mirarse.
Temía hallar un hombre completo
donde aún había aprendizaje.

Apoyó el espejo contra el muro,
como instrumento antes del concierto.

Sabía que volvería a girarlo
cuando el tiempo mudara de piel.
Entonces otro rostro, más verdadero,
lo esperaría del lado del aire.

Cerró la puerta del patio.
El día, sin vidrio, empezó a ser agua.

26. Regreso a Buenos Aires

Cincuenta y dos años después
bajó del autobús con una maleta gris.
El aire olía a libros húmedos.

No vio el río,
pero el viento traía su rumor.

Buscó la esquina del sueño.
Nada coincidía.
Ni el cielo.

La ciudad también había aprendido a olvidar.

27. El puerto sin Borges

El puerto dormía.
Barcos quietos, nombres borrados por la sal.

Caminó entre sogas húmedas.
Pensó hallar al maestro
entre las grúas,
pero sólo oyó gaviotas
repitiendo su nombre mal.

El agua tembló como una página.
En ella leyó:
nadie regresa dos veces al mismo verbo.

28. Café de los Nadies

Entró en un café antiguo.
El mozo no levantó la vista.

Pidió un cortado.
Esperó algo – una sombra, un saludo.
Sólo el reloj respondió.

El vapor del vaso subía lento,
dibujando un rostro que se borraba.

La soledad tenía música.
Borges la había oído primero.

29. El librero ciego

En San Telmo halló una librería
donde el polvo rezaba bajito.

Tras el mostrador,
un hombre con lentes oscuros
ordenaba títulos invisibles.

Preguntó por Borges.
El librero sonrió:
“Está en la estantería del aire.”

No hizo falta más.
El silencio alcanzó.

30. Calles de polvo y sombra

La siesta partía la ciudad en dos.
Caminó sin rumbo,
buscando la sombra del que fue.

Las calles eran las mismas,
pero el suelo no lo recordaba.

Cada esquina le devolvía un eco
de algo nunca dicho.

Pensó en el pueblo,
en la tinta corrida sobre la mesa,
en el pan de la infancia.
Buenos Aires era eso mismo,
sólo más cansado.

31. El banco de la plaza San Martín

Se sentó en un banco verde
a mirar palomas y relojes.
El tiempo caía lento,
como hoja que no decide el viento.

Recordó un verso que Borges no escribió
pero que podría:
El silencio es idioma sin traductores.

Cerró los ojos.
Alguien se sentó a su lado.
No preguntó quién.

32. La ciudad que olvidó su nombre

Preguntó dónde estaba.

Nadie supo.

Las calles cambiaban de orden cada mañana.

Los carteles eran manchas,

las esquinas, acertijos sin premio.

Sacó un mapa.

El papel estaba blanco.

Buenos Aires no se deja poseer

— pensó —,

cada quien la sueña a su manera.

33. El espejo empañado

En la pensión había un vidrio viejo.
Al afeitarse, el vapor lo borraba.

Por un momento,
no tuvo rostro.

Escribió con el dedo: Yo fui el lector.
Esperó respuesta.
Sólo el agua del grifo contestó.

34. El tiempo que escribe

Ya no necesitaba cuadernos.
El cuerpo bastaba.

Cada arruga una línea,
cada cicatriz una frase corregida.

El tiempo escribía sin tinta,
con caligrafía segura.

Miró sus manos:
eran páginas que se cerraban despacio.

35. El lector cansado

No era sueño lo que pesaba,
eran las palabras.

Tantos libros, tanta letra.
A veces abría uno
y encontraba su propia escritura.

Otras, se veía dentro
como personaje secundario.

El lector también se gasta,
como lámpara que ilumina
hasta consumirse.

36. Museo de los recuerdos

Guardaba cosas mínimas:
un boleto, una hoja seca,
una frase mal copiada.

Entre ellas, una foto:
una mujer en sepia,
sin nombre ni fecha.

La apoyó contra el vaso vacío.
El polvo se alzó, obediente.

Pronto comprendió:
el museo no tenía paredes,
y la memoria – como esa mujer –
miraba sin regresar,
y en sus ojos había un nombre
que no era el mío.

37. El perro del mediodía

Al doblar una esquina, lo vio.
Viejo, dormido al sol.

El mismo gesto de su infancia.
Quiso tocarlo.
No despertó.

Entendió: el tiempo no avanza,
solo cambia de cuerpo.

Quizás aquel perro
lo había esperado desde el primer poema.

38. El sueño del maestro

Esa noche Borges volvió,
no como voz, sino como sueño.

Caminaban por una biblioteca sin techo.
El viento movía los libros.

El maestro habló sin moverse:
“No busques mis palabras.
Busca las tuyas que aún no saben.”

Despertó con lágrimas quietas,
no de pena,
de haber entendido demasiado.

39. Diálogo en el laberinto

Entró en un pasaje de espejos.
Al fondo, una figura sentada.

– ¿Por qué me buscaste tanto?
– Porque me enseñaste a perderme.

Ambos sonrieron,
como parientes que ya no discuten.

El silencio fue suficiente.
El laberinto se cerró,
contento de sí mismo.

40. El desvío

No tomó el camino de regreso.
Elegió otro, más angosto,
que bordeaba el río.

Pensó: la vida es eso,
una serie de desvíos
que dan sentido al inicio.

El aire olía a lluvia vieja.
Sonrió.
Quizá, al fin,
iba hacia sí mismo.

41. El río de los días

El Río de la Plata se abría inmenso,
gris y mudo, sin márgenes.

Miró su corriente y entendió:
los días son agua,
ninguno se detiene,
todos se tocan y se van.

Arrojó una palabra al agua,
solo una,
para ver si flotaba.
La corriente la tomó sin ruido.

42. Palabras que ya no existen

Buscó en los diccionarios
las voces que usaba de joven.
Ya no estaban.

El idioma las había borrado
como si también tuviera muertos.

Sintió un duelo discreto
y guardó silencio.
Toda palabra olvidada,
al final, se vuelve plegaria.

43. El lector de espejos

Sobre la mesa,
varios espejos pequeños.

Cada uno devolvía un rostro distinto.
Los miró uno por uno
buscando el que recordaba.

Descubrió que no existía.
Apagó la luz.
En la oscuridad,
por fin, dejó de multiplicarse.

44. Carta al joven perdido

“Te escribo desde el otro lado del tiempo.”
Así empezó.

“Te busqué por ciudades y palabras,
y solo hallé tus errores.
No los borres:
son tus verdaderas páginas.

Borges no te esperaba –
eras tú quien debía inventarlo.”

Doblando la hoja, sonrió.
La carta, por fin, había llegado.

45. La biblioteca nocturna

Cada noche abría un libro distinto
sin leerlo.

Lo dejaba abierto,
como techo para un viajero.

Creía que, mientras dormía,
los libros conversaban,
recordando lo que él había olvidado.

A veces despertaba
y oía sus voces:
no eran palabras,
eran respiraciones antiguas.

46. El silencio que enseña

Un día dejó de escribir.
No por cansancio,
sino por respeto.

Entendió que la palabra
florece solo en su ausencia.

El silencio lo rodeó
y sintió compañía.

Recordó al joven que fue
y al Borges que lo miró desde un libro.
“Gracias,” murmuró,
“por callar conmigo.”

47. El regreso imposible

Intentó volver a los lugares del comienzo:
la librería, el banco, el puerto.
Todo seguía allí,
pero sin él.

Los objetos lo miraban
como si no lo reconocieran.

Comprendió:
regresar no es volver al sitio,
sino al instante,
y el instante no perdona.

48. El sueño circular (reprise)

Otra vez la biblioteca sin techo.
Otra vez el viento entre las páginas.

Borges lo miraba desde lejos.
No habló.

El hombre caminó hacia él,
pero el suelo se curvó,
volviéndose infinito.

Despertó riendo.
El sueño era la lectura,
y ambos seguían soñándose.

49. El joven en el viejo

Frente al espejo empañado
vio dos rostros:
mitad canas, mitad asombro.

El joven no se había ido;
dormía en las arrugas.

Le habló:
“No te perdiste,
solo cambiaste de página.”

Por un momento
las dos edades respiraron juntas.

50. La ciudad dormida

Buenos Aires cerraba los párpados.
Las luces caían una a una
como pensamientos cansados.

Caminó despacio.
La ciudad soñaba.
Recordó su primer silencio
y se dejó adormecer con ella.

Epílogo

– *El espejo abierto*

Volvió al cuarto.
Abrió el espejo del patio.
El polvo se alzó
como un velo que entiende su oficio.

Dentro no vio su rostro,
sino una página en blanco.

Sonrió.
El viaje había terminado;
el libro apenas empezaba.

Apoyó la mano sobre el cristal
y sintió un latido,
como si el tiempo respirara de nuevo.

No supo si el espejo era él
o si Borges, desde algún sueño,
acababa de abrir los ojos.

Coda

– *El último verbo*

El libro se cierra,
pero la solapa sigue escribiendo
contra el pecho del lector.

Borges fue la ventana que no cierra.

El hombre se inclinó,
agradecido al silencio.
Y la ciudad, ya sin nombres,
repitió su gesto.

El verbo, en voz baja,
siguió escribiendo.

Nota Biográfica

Augusto La Fere (Lapa, Paraná, 1973) es autor y ensayista. Su escritura transita entre la filosofía, la memoria y la metáfora del paisaje, explorando la tensión entre el silencio y la palabra. Fundador del sello *Ars Verbi*TM, se dedica a la publicación artesanal y digital de obras bajo licencias libres.

Entre sus libros se destacan *El Legado* (2013), *Clown* (2014), *Cartas para Nadie* (2017), *Ceniza de Bronce* (2020), *Silencio Alto* (2024) y *Antes que Derriben* (2025).

Vive y trabaja en Paraná, participando también en iniciativas culturales orientadas a la difusión de la literatura libre.

Colofón

Este libro fue compuesto en EB Garamond, proyecto tipográfico de Georg Duffner (2008), heredero directo de las formas renacentistas talladas por Claude Garamont (c.1480-1561) en París. Entre el hierro y el papel, su elegancia perdura: una arquitectura del tiempo que vuelve legible la sombra.

Impreso digitalmente sobre página en blanco,
para que cada lector continúe el verbo.

